



LA OPCIÓN POR LOS POBRES ANTE EL RETO DE LA SUPERACIÓN DE LA POBREZA

Conferencia del P. Peter-Hans Kolvenbach, Superior General de la Compañía de Jesús, en la inauguración de la Semana Social organizada por el Centro Gumilla, Fe y Alegría y Universidad Católica Andrés Bello.

INTRODUCCIÓN

En una semana social promovida por instituciones vinculadas a la Compañía de Jesús creo que no esperan ustedes de mí análisis precisos ni lineamientos pormenorizados. Por eso, me ha parecido más pertinente ofrecer una perspectiva desde la que estos análisis y lineamientos puedan ser enfocados si queremos ser fieles a la misión de promover la justicia que exige la fe que profesamos.

Este horizonte puede nombrarse de diversos modos, pero, estando en América Latina, parece que el más adecuado es el de la "Opción por los pobres". Una opción "solidaria y profética" que explicitó solemnemente la Iglesia Latinoamericana en Puebla, y que el papa Juan Pablo II, extendiéndola a toda la Iglesia, vuelve a mencionarla en su encíclica Tertio Millennio Adveniente: "recordando que Jesús ha venido a evangelizar a los pobres (Mt 11,5; Lc 7,22), ¿cómo no subrayar con más decisión la opción preferencial de la Iglesia por los pobres y marginados?" (n.51).

Tenemos que comenzar enmarcando ante qué realidad se plantea esta opción preferencial: ante la realidad de un mundo, tan lleno de pobreza y de miseria, que no responde a la voluntad del Dios Creador. Éste no es el mundo soñado por Dios y entregado a la responsabilidad de la libertad humana.

El plan de Dios, tan repetidamente expresado por el pensamiento cristiano a lo largo de los siglos, es que este mundo ha sido creado para que lo disfruten todos los seres humanos. La voluntad del Creador es que, viviendo como hermanos, todos tuvieran asegurado el pan y la dignidad de cada día.

Porque están excluidos de los beneficios de una creación que Él soñó para todos, Dios está especialmente cercano y próximo a los pobres y marginados. Por eso, el Verbo de Dios, al hacerse hombre, se acercó a los miserables y alivió sus sufrimientos, enfermedades y carestías como un signo del mundo nuevo que Él venía a inaugurar. Repetidas veces habla el evangelio de que se le conmovían las entrañas cuando contemplaba las necesidades de los pobres.

Ante esta realidad de la ingente pobreza y miseria de nuestro mundo, contraria al plan de Dios, y que debemos empeñarnos en eliminar, quiero reflexionar sobre el significado de la opción por los pobres, para que no sea una fórmula vacía de contenido, un eslogan, sino que se convierta en fermento eficaz en todas sus propuestas sociales, políticas y educativas.

CORRESPONDENCIA A LA ACCIÓN DE DIOS

Esto es así, porque la opción por los pobres no es camino para nada sino fin en sí misma. Los cristianos optamos por los pobres porque Dios opta por ellos.



Y nuestro Dios opta por ellos por ser como es: bueno. Así, de entrada, esta opción es incondicionada: corresponde a la gratitud misericordiosa de Dios.

No está sujeta a los vaivenes de la historia o de la plausibilidad social. Para un cristiano no tiene sentido decir que está fuera de moda, que ahora estamos ya en otro tiempo después de la caída del muro de Berlín. Porque, para nosotros, la opción por los pobres es una opción trascendente. Y, como tal, es signo de la cercanía absoluta de Dios, del Dios que se hizo presente de modo definitivo en Jesús.

Cuando se opta por los pobres del mismo modo que optó Jesús, acontece el reinado de

Dios. La opción por los pobres es un signo escatológico, una señal de la llegada de los últimos tiempos. En el que opta así por los pobres, actúa el Espíritu que actuó en Jesús (Lc 4,18). Pero, además, por la peculiar estructura encarnatoria de la salvación cristiana, quien opta por los pobres opta por Jesús (Mt 25,40). Esa persona posee en sí la vida verdadera, la vida perdurable (Lc 10,25-37).

Pero, si la opción por los pobres da vida, humaniza y salva a quien la hace, su objetivo no es obviamente la propia persona que opta. Esa persona recobra la vida precisamente porque la entrega (Mc 8,35).

UNA RELACIÓN: JUGARSE LA SUERTE CON LOS POBRES.

La opción por los pobres no tiene tampoco como objetivo directo, inmediato, la superación de la pobreza, sino la humanización de los pobres, su personalización. Este resultado no es una meta externa, sino el término al que tiende la dinámica de la opción. Porque la opción por los pobres es ante todo una relación, una alianza, un jugarse con ellos la suerte. Y hay que decir que esta suerte, desde el punto de vista de la cultura dominante, será siempre mala suerte, porque mientras dure la historia siempre habrá pobres (Jn 12,8; Dt 15,4.7.11).

Así, pues, la opción por los pobres, como alianza con los perdedores de la historia (que son también sus víctimas) es siempre en cierto modo perder la vida. Ése es su precio tremendo. Por eso se la tiende a silenciar o a desnaturalizar, de modo que ya no sea una relación, sino sólo una contribución económica, pero que no comprometa a la persona y a su proyecto vital. Y, sin embargo, sólo esa relación vital salva al pobre y a quien la entabla. Al pobre lo salva de su minusvalía, y el que opta es liberado de su alienación. Lo que salva es la trascendencia que implica la relación: salir de sí y llegar respetuosamente al otro, y en esa doble trascendencia, la trascendencia mayor de dejar actuar al Espíritu, de reconocer a Jesús en el pobre, y de obrar el designio del Padre.

CONTENIDO DE LA OPCIÓN: LA BUENA NUEVA DE QUE DIOS LES DA SU REINO

Pero esta relación tiene además un contenido trascendente, que la relación con el pobre no crea, pero sí la hace presente, aunque la desborde absolutamente. La relación es portadora de una buena noticia para los pobres y debe transmitirla expresa y realmente: el evangelio de que Dios da su reino a los pobres, se acerca a ellos como gracia hasta ser suyo.

Esto es completamente inaudito. Y, por eso, no puede presuponerse sin más que los que nos llamamos cristianos lo percibimos así, ni mucho menos que lo aceptemos como buena nueva también para nosotros que no somos pobres. Por la encarnación de Jesús, Dios es el Dios de todos los seres humanos. Porque Jesús no es meramente como nosotros, sino uno de nosotros: proviene de nosotros, es de nuestro linaje (Hb 2,11), forma parte de nuestra historia. Es el hijo del hombre quien es el Hijo de Dios (Lc 3,23-38). Así, pues, Dios es ante todo de la humanidad.

¿En qué sentido es también de los pobres? No podemos entender esta opción como una opción distinta a la opción por la humanidad sino como el camino para hacerla efectiva. En este sentido, la llamamos opción preferencial: Dios en Jesús entabla una alianza con toda la humanidad y en primer lugar con los pobres.

¿Por qué precisamente con ellos? Porque su humanidad no es reconocida por carecer de lo que la cultura vigente considera valioso y digno del ser humano. De este modo, al optar por aquellos que según el paradigma humano dominante no tienen valor, Dios pone en claro que su opción es por la humanidad, y que esa condición es inherente a cada uno de los humanos.

Si los pobres, por no tener sabiduría, riqueza y poder, no son reconocidos como personas por la cultura vigente, Dios, al reconocerlos, demuestra que no es el Dios de los sabios o de los ricos o de los poderosos, sino el Dios de los seres humanos. Pero, además, proclama que los seres humanos no llegan a la categoría de humanos por la posesión de esos atributos. Y, sin embargo, como los pobres tienden a sentirse no humanos al introyectar la apreciación negativa de la cultura dominante, Dios, al optar por ellos, certifica su condición humana y posibilita que la asuman.

Y los reconoce no en una abstracta declaración de principios sino entablando con ellos una relación personal, que llega a calificarlo tanto que puede ser llamado con justicia su Dios. Dios ama a los pobres con un amor tierno y respetuoso. Es comprensible que la aceptación de esta relación de Dios cause en ellos dicha y los humanice. No humaniza una relación unilateral y de prepotencia. Pero sí una relación que consiste en la entrega personal que se abre a la libre correspondencia y la suscita. Dios no es un mero bienhechor que otorga dádivas a los pobres, sino un padre y una madre que vuelve por ellos, que se complace en ellos y que así los reivindica. Por ello, nos decía la Iglesia en el documento de Puebla que el mejor servicio que le podemos hacer al pobre es evangelizarlo (1145), llevarle esta buena noticia.

EL AMOR DEL EVANGELIZADOR COMO SACRAMENTO DEL AMOR DE DIOS

Si el contenido de la opción por los pobres es esta cercanía en gracia de Dios a los pobres, "cualquiera que sea la condición moral o personal en la que se encuentren" (P1 142), y si, como alianza amorosa que es, busca reciprocidad libre, es comprensible y aun necesario que esta buena noticia sólo se comunique realmente en una relación del mismo tipo que la de Dios: la que hemos caracterizado como jugarse la suerte con ellos, la que se entabla en quienes hacen de corazón la opción por los pobres.

Una declaración meramente verbal desdiría lo que dice, mientras que la relación de alianza con los pobres es ya realización de lo que se proclama: el amor del evangelizador es sacramento del evangelio del Reino.

LOS POBRES CON ESPÍRITU VIVEN DE FE

El pobre que recibe a Dios en su corazón tiene en sí mismo la fuente de vida. Y por eso es dichoso, bienaventurado, aun en medio de terribles carencias y privaciones que tienden a abatirlo y llenarlo de resentimiento. Esas condiciones objetivas, tras la proclamación del evangelio, pueden continuar inalteradas.

Pero algo profundo ha cambiado en su corazón: si acepta esa relación con Dios, ya no está excluido sino reconocido, ya no vive solo sino acompañado, ya no está en la desgracia sino en la gracia de Dios. Y la gracia aceptada agracia y es fuente de vida.

Esta aceptación, que resulta fuente de vida, es la fe. Tanto la fe en que Dios está siempre con uno -en las buenas y en las malas, sufriendo y gozando- y nada ni nadie lo puede separar de ese amor que Él le tiene, como la fe que Dios tiene en él. Esa fe en Dios se expresa además como fe en sí mismo, en su capacidad de responder, de experimentarse como persona y como sujeto de esta nueva e inédita relación personal.

Así, la fe, esa relación mutua y estrictamente personal entre Dios y el pobre, se convierte en su principio de vida. De este modo, los pobres con espíritu (los que reciben el evangelio y lo aceptan) viven de fe (Hab 2,4). Como vivió Jesús (Mt 4,4; Hb 12,1-2). Si toda relación verdadera es fuente de vida, lo es de un modo absoluto la relación con Dios, que es amor creador, energía de vida. Esta fe da vida porque desata un dinamismo que produce -según la terminología de San Juan- vida eterna.

AL VIVIR DE FE, LOS POBRES TOMAN SU VIDA EN SUS MANOS

Una persona que hace esta experiencia toma la vida en sus propias manos. A pesar de tremendas carencias, no es ya un desvalido, alguien tan abatido que no es capaz ni de enfrentar su propia realidad, contentándose con satisfacer sus necesidades y pulsiones más elementales. Pero quien vive de fe se capacita para asumir la realidad y relacionarse con otros en ella.

Realmente que Dios escogió a los que son pobres a los ojos del mundo para que fueran ricos de fe (St 2,5). Personas así no se resignan sino que, como expresión del respeto que se tienen a sí mismos, emprenden con gran paciencia el camino para conseguir más elementos vitales y el camino más arduo de capacitarse para lograrlo. Es un nuevo dinamismo de vida que desata la fe en Dios: la fe en sí mismo y en los hermanos.

EL QUE OPTA POR LOS POBRES COMPARTE CON ELLOS

Siguiendo el dinamismo de un Dios que se da en gracia a los pobres, quienes optan por ellos según el Espíritu de Jesús, no tanto les dan cosas sino que en primer lugar entregan la propia persona a la aventura abierta de compartir la vida y destino de los pobres.

Esto se entiende más fácilmente cuando quienes toman esa opción son los mismos pobres o incluso gente popular. En este caso, la opción por los pobres consiste en desechar la propuesta vigente que insiste en que cada quien tiene que hacerse a sí mismo y luchar por su cuenta sin mirar para abajo o alrededor.

Es obvio que el pobre que opta por los pobres opta por su mundo y sabe lo que se juega en esa decisión, lo que pierde. Y lo pierde por la alegría de encontrarse con los otros y tender ese puente hacia un mundo fraterno. En esa decisión, lo que se entrega

es ante todo la propia persona, aunque, como expresión bien natural de esa entrega, también comparte sus haberes. Sin que esto signifique que renuncie a su propio dinamismo económico.

Sin embargo, esto es más difícil cuando el que opta por los pobres forma parte de las clases medias o de la clase alta. Es cierto que la opción por los pobres es relación y que esa relación es tan totalizadora que significa darse. Pero no parece fácil darse verdaderamente sin dar también de lo que uno tiene. Si se quiere de verdad, como dice San Juan (1Jn 3,17), no se ve cómo pueda sufrirse ver necesidades tan perentorias sin intentar remediarlas en lo que está al alcance de uno.

Hay una profunda intuición en el dicho que el amor es entre iguales. Es la lógica de la encarnación: Jesús no se aferra a su rango divino sino que se despoja de todo privilegio para ser uno de tantos (Fil 2,6-7). Por eso habla Jesús de venderlo todo y dárselo a los pobres (Mc 10,21). Claro está que no establece un mandato, pero sí indica la dirección de un dinamismo.

Aquí está la tremenda dificultad de optar por los pobres quienes tenemos la seguridad que da el dinero. No sólo los profesionales o propietarios laicos; también las congregaciones religiosas y la institución eclesial. Desde luego, para Dios no hay nada imposible (Mc 10,27), y por eso estamos propiciando esta opción en este foro, y no como algo puntual sino como horizonte motivador y estructurador de la propia vida.

NO UNA MERA TEORÍA SINO UNA PRÁCTICA AUNQUE AÚN EN CIERNES

Lo dicho hasta aquí -tanto sobre el significado de la opción por los pobres, como sobre el dinamismo que induce en ellos, y la comunicación de bienes que los beneficia- no expresa una ideología en el sentido más neutro de la palabra, es decir, una precomprensión de la realidad al modo de una doctrina que se profesa. Pretendemos haber expresado una práctica social: la evangelización liberadora llevada a cabo en estas décadas en América Latina y también en Venezuela.

No todo lo que se llamó con este nombre contenía esta realidad. Pero lo que hemos dicho sobre la opción por los pobres dimana de esa práctica discernida, de lo que decantó como más genuino, como menos mimético y circunstancial, que es lo que también hoy, en circunstancias tan distintas de las de antaño, sigue practicándose y dando fruto.

Los frutos de la opción por los pobres tal como la hemos propuesto alimentan nuestra esperanza. Si no han alcanzado vigencia social, es en primer lugar porque aún son una minoría en nuestra Iglesia quienes la ponen en práctica. Y no me refiero solamente a los religiosos o eclesialistas, sino también a quienes se llaman cristianos y pretenden vivir su fe consecuentemente. Y en este contexto en que hablo, de un modo particular me estoy refiriendo a quienes por sus conocimientos reconocidos y por sus responsabilidades profesionales podrían influir de un modo nada desdeñable en la configuración de nuestra sociedad a través de sus opciones.

CONTRADICCIÓN CON LA FIGURA HISTÓRICA VIGENTE

Me doy perfecta cuenta de que esta opción por los pobres es objetiva y subjetivamente contradictoria con la opción de la figura histórica vigente, que implica una opción por no considerarlos, incluso por excluirlos.

Hay que comenzar mencionando el hecho de que la polarización entre ricos y pobres, como resultado de la aplicación de los mecanismos del sistema vigente, crece cada día. Estas "intolerables desigualdades económicas y sociales" (TMA 51) han sido denunciadas continuamente por los Papas, sobre todo por Juan Pablo II.

Pero hoy se vislumbra un fenómeno nuevo: la tendencia a "suprimir" a los pobres. Se tiende a organizar la convivencia de tal forma que uno puede pasar toda la vida sin entrar en contacto con los pobres ni dejarse afectar por ellos. La separación física lleva a que los pobres desaparezcan de la conciencia y a lo más entren a formar parte del eufemístico concepto de "costo social". Fuera de la ciudad se construyen hoy, bien protegidas, villas perfectas sin el contagio con la pobreza. Sin embargo, el Evangelio dice más bien que no tiene vida en sí mismo -vida verdadera-, quien no sale de su camino -de su modo de vida-, para aproximarse a quien tiene necesidad de ser ayudado, herido al borde de los caminos (Lc 10,25-37).

Tanto Pablo VI como Juan Pablo II insisten que un desarrollo sólo es verdaderamente humano cuando el sujeto del desarrollo es toda la humanidad. Pero si una cultura condena al 80% de la humanidad a la condición subalterna de lo que ella controla y usufructúa, esa cultura renuncia a la trascendencia que la hace salir de sí y hacerse humana. El afán de ganancia y la sed de poder serán el fundamento de esta cultura individualista y cerrada.

En esta cultura, los pobres carecen de lo que ella más estima: la fuerza para imponerse a los demás en la lucha por la vida. Si el fuerte es el vencedor, es claro que el pobre "no sirve para nada" (Sab.2,11). Es triste constatar que el rechazo de los pobres no es una consecuencia colateral, sino que es algo enraizado en el núcleo más profundo de una cultura darwinista.

Este hecho no sería tan trágico si siguiéramos viviendo las anteriores etapas históricas. Pero vivimos ya una sola historia mundial. Disponemos de estadísticas e imágenes de toda la humanidad para, de un solo golpe de vista, conocer su situación exacta. Y, sobre todo, no solo la humanidad como un todo está presente a sí misma, sino que también sus recursos pueden circular dentro de ella y alcanzan con creces para abastecer a toda la humanidad.

Hace ya un cuarto de siglo escribieron los jesuitas reunidos en Roma: "el hombre puede hoy día hacer el mundo más justo, pero no lo quiere de verdad... Las desigualdades no pueden ya ser percibidas como el resultado de una fatalidad natural: se las reconoce más bien como obra del hombre y de su egoísmo" (CG.32).

Pero, ¿podemos descubrir algún rasgo típico de hoy, que acreciente en la vivencia de la pobreza, la desesperanza de nuestro mundo, su inhumanidad? La pobreza como grado infimo de instalación siempre ha supuesto desgaste y humillación, y también, más frecuentemente de lo que quisiéramos, dificultad para el señorío de sí mismo y del ejercicio de la solidaridad. Sin embargo, cuando la pobreza era la situación de la casi totalidad de la colectividad, las personas encontraban energías para vivirla humanamente: "pobres pero honrados", decían.

Pero esta situación ha cambiado mucho: hoy hay que vivir inmerso en una cultura que mide la felicidad y la dignidad de las personas por la posesión de todo lo que ellos carecen; ver incesantemente publicitado todo lo que no pueden alcanzar; y tener que experimentar esa terrible penuria sin ningún sentido, como fracasados: esto es lo que abate, provoca resentimiento y, en fin, deshumaniza.

LA OPCIÓN POR LOS POBRES ROMPE EL NÚCLEO DESHUMANIZADOR DE LA POBREZA

La Opción por los Pobres rompe esta exclusión deshumanizadora. La relación personalizadora en la que ella consiste permite la rehabilitación del sujeto. Éste se capacita para afrontar su situación desde su humanidad reintegrada, y cobra energías, no sólo para tratar de conseguir lo necesario para sí y para los suyos, sino de adquirir destrezas y conocimientos para lograrlo con más facilidad y establemente.

Hoy, cuando estamos llegando a la historia universal, la supera-

ción de la pobreza exige un sujeto universal. El corazón de ese sujeto universal son los mismos pobres. Si ellos no optan por ellos, todo intento será vano, es decir, no será humanizador. Pero para que esto acontezca, como catalizador del proceso, gente no pobre tiene que optar por ellos.

Aquí nos parece decisivo el aporte específico de la opción cristiana por los pobres de los no-pobres: el echar con ellos la suerte como correspondencia y sacramento de la opción de Dios por ellos. El que los pobres sepan realmente que Dios los prefiere a ellos hasta el punto de ser su Dios, puede ser el punto de apoyo absoluto indispensable para ponerse en movimiento, superando tantos datos y experiencias que marchitan su esperanza de superación y su fe en ellos mismos.

LA OPCIÓN POR LOS POBRES TRANSFORMA LA VIDA SUPERADORAMENTE

No sólo son indispensables los no pobres para que los pobres opten por sí mismos y se pongan en marcha. Lo son también para que superen la pobreza, es decir, para que sean más productivos y accedan establemente a los recursos vitales. El que el pueblo llegue a ser sujeto social es condición necesaria pero no suficiente para superar la pobreza. Para ello se necesita la alianza entre esos pobres que han optado por ellos y otros grupos de no pobres que, tanto en sus propias países como en el primer mundo, opten también por ellos.

La opción a la que nos referimos es una relación tan determinante que es capaz de ir poco a poco configurando tanto el tren de vida como el entorno vital y la misma profesión. Esta redimensión de la existencia personal y social que va labrando la opción por los pobres no debe ser entendida como un altruismo de lujo, supererogatorio. La dinámica de la opción por los pobres tiende a la constitución de una cultura alternativa. Eso es lo que da la medida de su trascendencia.

El que opta así por los pobres va cambiando en profundidad porque, al estar los pobres en el centro de su conciencia, al formar parte de un modo no lateral sino constituyente de su mundo de vida, hay cosas que antes se hacían que ahora no pueden hacerse. No, fundamentalmente, por un imperativo moral, sino porque ellos son los de uno, y hacer determinadas cosas significa para uno una falta elemental de lealtad, de solidaridad. Y, como expresión de esa lealtad, se presentan líneas de acción que antes quedaban fuera de las propias preferencias.

Para el que opta por los pobres, la redimensión de su existencia brota de su relación con ellos. Y, por eso, los tremendos costos que ello implica se encajan incluso con alegría por la vida que da ese reconocimiento mutuo. Pero también por la creatividad que acarrea reestructurar el ámbito en el que esas personas se mueven, para que quepan los pobres, no como seres marginales, sino como seres culturales plenamente activos y con los que se comparte.

Así, la opción por los pobres, que comienza siendo una salida de sí mismo para afirmar al otro que es negado, que comienza viviéndose como pérdida, como sacrificio que se realiza como correspondencia a la fe en Dios que funda la vida de uno, se convierte progresivamente en una oportunidad no sólo de humanización radical, sino de avance en cuanto ser cultural y aun de valorización profesional.

LA OPCIÓN POR LOS POBRES: PRECIO Y OPORTUNIDAD HISTÓRICA

El que la pérdida de estatus se viva como acrecentamiento en humanidad no quita nada al hecho objetivo que pone al descubierto esta opción: el que opta tiene que bajar, porque, si no cambia la

actual figura histórica, no caben en ella los pobres. No es posible elevar los pueblos pobres adonde están los desarrollados. Si superar la pobreza significara eso, no sería posible superar la pobreza. Para superar la pobreza, hay que redimensionar lo que existe. Es decir, que los que tienen, tienen que dar lugar a los pobres.

Este es el nudo de la cuestión: que muchos no están dispuestos a dar nada de sí. Es obvio que no estamos proponiendo sólo ni principalmente dar cosas, sino cambiar las reglas de juego y la dirección global. Dar lugar es dar, es algo activo, no es meramente dejar campo libre a otro. Dar lugar a los pobres significa un reajuste estructural tan profundo que equivale a configurar una nueva figura histórica.

El Papa propone que el mundo desarrollado debe mirar este horizonte de superación de la pobreza como una oportunidad histórica para poner en marcha y encauzar sus energías más positivas, incluso para suscitar una dosis de creatividad inédita hasta hoy.

Pero ponerse en trance de superar la pobreza implica renunciar a muchos elementos del actual sistema de bienestar. Renunciar ante todo a ese consumismo frenético, que no deja espacio mental para empresas de más largo alcance, y poner coto a la sed ilimitada de riqueza y poder.

Es obvio que ambos elementos son las dos piezas claves del sistema actual. Relativizarlos significa liberar energías para la investigación encaminada directamente a los diversos elementos de la vida de la humanidad y a su interacción; y significa orientar muchos puestos de trabajo a poner en marcha esta trama biófila, solidaria. Ahí habría que poner a contribución los mejores logros de la productividad, incluso la sana emulación de la competencia de diversos intentos.

Pero, sobre todo, este ambiente estimularía el surgimiento de una verdadera cultura de la democracia, en la que un altísimo desarrollo de las potencialidades individuales sería requisito indispensable para la superación de tantos obstáculos y la elaboración de tantos proyectos, en orden a una convivencia en libertad en la que vuelva a resurgir con capacidad suscitadora la dimensión pública en el respeto de la dimensión privada.

NECESIDAD DE UN MOTOR IMPULSOR

Pero el sustento de esta dirección vital no puede ser otro que el reconocimiento real de los demás en el acto real de reconocerse a mí mismo. Y la prueba de que este reconocimiento no es meramente cultural, teórico, es la opción por los pobres.

Pero el reconocimiento positivo de los pobres -que se realiza tanto en relaciones solidario-estructurales como en relaciones personales-, provoca una transformación tan honda en la propia vida y es una novedad tan radical en la figura histórica vigente que no puede acontecer, si no se ponen en marcha energías muy profundas, si no se abren horizontes muy motivadores. Esta es la intuición de Juan Pablo II en su encíclica "Rico en Misericordia": sin un corazón de carne (Os 6,6; Mt 9,13; 12,7), nunca habrá justicia, ni por consiguiente será posible la vida humana sobre la tierra. Eso es lo que está en juego en la opción por los pobres.

Para nosotros los cristianos es una expresión elemental de nuestra fe en Dios: apoyar la vida en Él es mirar al mundo con sus ojos, ser afectado por la realidad como Él y tomar la misma determinación que Él. Mas aún, es ser sus manos para que Él cumpla sus designios a través de nosotros. En la opción por los pobres, nosotros somos portadores de la misericordia de Dios. Y, al darla, la recibimos también nosotros. De esta manera, la opción por los pobres es nuestra salvación. Es la intuición de San Ignacio, de neta raigambre evangélica: nuestra salvación sólo se logra al contribuir a la de los demás. A esto somos convocados todos nosotros.

Caracas, 2 de febrero de 1998